



PAULA SCARPIN

Via-sacra

Historias de fe en una típica calle de Brasil

TRADUCCIÓN: FELIPE RESTREPO DAVID

FOTOGRAFÍAS: SÉRGIO LUIZ SILVA

Una larga vía atraviesa Ilhéus de norte a sur. En un extremo, el final de la ciudad es el inicio del camino que lleva a los destinos turísticos del norte, como Itacaré y Marau; en el extremo opuesto, en dirección al sur, el centro comercial y el aeropuerto. Se trata esencialmente de una misma arteria de varios kilómetros y muchos nombres, que van cambiando conforme los barrios pobres van cediendo lugar a otros más prósperos. En ella, se puede estar en la avenida Proclamação (casi solitaria), calle Da Linha (balcones de losa sin acabado), avenida Ubaitaba (pequeña clase media), avenida Antônio Carlos Magalhães (enrejados, muros) o calle Tiradentes (comercio popular).

Quien viene del norte, siguiendo en dirección al sur, tal vez vea, a la derecha de quien acaba de entrar a la ciudad, un balcón azul turquesa, no mucho mayor que los otros. La fachada tiene dos puertas metálicas de rodillo, como las de una panadería. Desde la calle, es posible ver un cobertizo en el piso de arriba, atravesado por una baranda llena de ropas coloridas. En la fachada, pintado a mano, se lee "Iglesia Pentecostal Asamblea de Dios".

No es una edificación imponente, y es probable que el viajero no advierta su existencia. Lo mismo ocurre con la Iglesia Evangélica Redención en Cristo, más adelante. Y con la Iglesia Pentecostal Unción Divina, mucho después. Todas son casas pobres, sin pompa ni ornamento. Lo que se nota es la acumulación, la sucesión de templos e iglesias que se propagan por toda la vía, a veces dos o tres por cuadra, en una conformación cada vez más típica del paisaje urbano brasileño. Quien llegue al fin del trayecto habrá pasado por 36 templos de devoción, cada uno de ellos luchando por sobrevivir a la creciente competencia por las almas de las personas.

Una descripción de la Ilhéus de los años 20, cuando la ciudad vivió el gran apogeo del cacao, dice así:

Se abrían calles para los lados del mar y de los cerros, nacían jardines y plazas, se construían casas, balcones, palacetes. Bares, cabarés, cines, colegios. Tierra de poca religión [Ilhéus], se enorgullecía, sin embargo, con la promoción de la diócesis y había recibido entre sus fiestas inolvidables al primer obispo. Hacendados, exportadores, banqueros, comerciantes, todos dieron dinero para la construcción del colegio de las monjas, destinado a las jóvenes ilheenses, y del palacio diocesano, ambos en el Alto da Conquista. En aquellos años Ilhéus comenzó a ser reconocida en los estados de Bahia y de Sergipe como la Reina del Sur. La cultura del cacao dominaba todo el sur del estado de Bahia, no había trabajo más lucrativo, las fortunas crecían, crecía Ilhéus, capital del cacao.

Eso fue antes. Hoy es así: poco cacao, que solo en los últimos años amaga con un retorno, después de haber sido diezmado por una plaga; empobrecimiento, en relación al pasado. Ilhéus es una tierra en busca de empleo y de una nueva vocación. Sobrevive como centro turístico, sirviendo principalmente como punto de difusión para las playas del norte y del sur, para la pequeña agricultura y como eje comercial de la región.

En el camino de quien avanza por la ciudad, desde el norte: Asamblea de Dios Remanente, Dios es Amor, Asamblea de Dios Raíz de David, Iglesia Casa de la Bendición de Dios, Iglesia Bautista Santa Generación.

Exactos mil metros después del balcón azul turquesa con la baranda de ropa, se llega a la Asamblea de Dios - Ministerio de la Restauración. La voz tímida del presbítero Assis es proyectada por un micrófono conectado a seis alto parlantes y alcanza hasta para quien anda por la acera opuesta. “Así como llegué a la puerta de la congregación por primera vez, visiblemente embriagado, y acepté la provocación del pastor, les recuerdo: quien quiera hacer una alianza con el Señor Jesús, levante sus manos”. Las trece mujeres y los tres hombres sentados a lo largo de las sillas de plástico blanco reaccionan inmediatamente. Una joven, de cabellos largos amarrados en una trenza, exclama: “¡Aleluya! Gloria a Dios”.

Antônio Carlos Nunes de Assis, presbítero de Assis, es un hombre moreno y de apariencia delgada. A los 55 años, sus cabellos comenzaron a escasear. Vestía por fuera del pantalón una camisa verde dos tallas más de la indicada, y calzaba tenis. Saco y corbata, solo en los cultos de domingo en la noche. Los fieles también vestían ropas del día a día —bermudas y sandalias—. Varios aseguraban Biblias de pastas coloridas o estampadas. “Si hay alguien que aún no es cristiano, preste verdadera atención a las maravillas que Dios tiene para nosotros. ¿Alguien aquí aún no es siervo del Señor?”, prosiguió Assis. Sentada al fondo de la iglesia, una mujer fue codeada por una compañera y, avergonzada, se persignó. Una misionera de la iglesia la cogió de la mano y la llevó hasta el altar. “¿Hermana, quieres aceptar a Dios en tu corazón?”, preguntó, con el micrófono que tomara el presbítero. “¿Hacer el bien en esta tierra, hacer la diferencia?”.

“Aquellas personas que se dicen católicas, en verdad, solo se están engañando a sí mismas”, explicó Assis a la joven, después de retomar el micrófono. “Porque el católico bebe cachaça¹ en la puerta de la iglesia

de Bonfim,² y dice ‘Gloria a Dios’. El verdadero cristiano solo quiere servir al Señor y venir a la iglesia”.

Assis se convirtió en la Asamblea de Dios en 1999, llegó a ser bautizado en una inmersión en el río, pero acabó alejándose de la iglesia. “Solo regresé a los pies del Señor diez años después, cuando entré a la reserva de la policía”. Una amiga de su esposa invitó a la pareja a conocer el templo del Ministerio de la Restauración, disidente de la tradicional Asamblea de Dios, y los dos se identificaron. “La diferencia de nuestra congregación con la de los asambleístas primitivos es el desarrollo del culto. El de ellos es más tibio, el nuestro es pentecostal, más vivo”, explica Assis.



En 1910, la Primera Iglesia Bautista de Pará abrió las puertas a dos misioneros suecos que habían tenido inconvenientes con las órdenes de una congregación americana. Laboriosos, Gunnar Vingren y Daniel Berg no demoraron en formar grupos de oración y vigilia, y sus bullosas reuniones comenzaron a incomodar a los demás fieles que preferían orar en silencio. Los reclamos de que los quince frecuentadores estarían

formando una secta hizo que el pastor los expulsara de la congregación. Nació allí la mayor iglesia evangélica del Brasil, la Asamblea de Dios.

Desde su origen, la Asamblea se diferenció de la Bautista por tener un culto más vibrante e impetuoso, justificado por la presencia inspiradora del Espíritu Santo, que se manifiesta directamente a la congregación por medio de los fieles por Él tocados.

Al culto más expansivo y suelto, los misioneros suecos opusieron la sobriedad de las vestimentas, observada aún hoy en día —saco y corbata para los hombres, y falda por debajo de la rodilla para las mujeres, que deben también mantener el cabello largo y no usar maquillaje.



Con más de setenta congregaciones en Ilhéus, unidas o no a la sede, la Asamblea de Dios heredó muchas directrices de la Bautista que la originó —entre las cuales está el énfasis en la multiplicación de la palabra—. A diferencia de las demás iglesias protestantes tradicionales que llegaron a Brasil en el siglo XIX, como la Luterana, la Presbiteriana, la Anglicana y la Metodista, la Bautista enfatizaba la catequesis a partir de un lenguaje popular. Cada nuevo miembro se convertía inmediatamente en un evangelista, sin que la iglesia se preocupase

demasiado por el rigor de su formación teológica. Semejante pragmatismo doctrinario conllevó al desprestigio de la iglesia entre los protestantes tradicionales, que los llamaban “zapateros inspirados”. Los zapateros inspirados se multiplicaron. El número de iglesias Bautistas en Brasil pasó de ocho en 1889, a 83 en 1907. En la Asamblea, la expansión fue todavía mayor.

Como en la mayoría de las iglesias evangélicas, también en la del Ministerio de la Restauración existe movilidad dentro de la jerarquía eclesiástica. Antonio Assis fue invitado a ser diácono después de cuatro meses de culto, presbítero después de un año, y sigue empeñado en la misión. “Si yo te dijera que no deseo ser pastor, estaría mintiendo. El ascenso nos es dado por Dios, pero nadie está exento de ser arrastrado por el demonio”, dice. Se enorgullece de sus dotes como misionero: “Al poco tiempo de haber llegado, el pastor me designó como profesor de la escuela dominical, dijo que yo hablaba bien, que cantaba bien los himnos de la *Harpa*” —sonrió, citando los himnos que animan los cultos.

Como jubilado, el presbítero Assis se dedica exclusivamente a la iglesia, pero no recibe salario por lo mucho que hace. Su pastor, Joselito Pereira dos Santos, es dueño de un almacén de autopartes, nunca dejó de trabajar como electricista de automóviles, y de allí paga sus gastos. El pastor Joselito prefiere no revelar cuánto recauda con los diezmos y las ofrendas, pero dice que por ahora prefiere reinvertir todo el presupuesto en la propia iglesia —lo que obliga a Assis a esperar el tiempo de las vacas gordas.

La Asamblea de Dios Héros de la Fe. Iglesia Familia de la Gracia. Iglesia Bautista Luz de El Iguape. Iglesia Cristiana Maranata

Trescientos cincuenta metros más delante de la Asamblea de Dios - Ministerio de la Restauración, se llega a otra pequeña iglesia, también amarilla y mucho menor. Es la iglesia Metodista Wesleyana, como se

lee en la fachada. El *Wesley* que la bautiza es una referencia a John Wesley, fundador, en la Inglaterra del siglo XVIII, de la Iglesia Metodista. A pesar de la diferencia en el tiempo y en el espacio, el nacimiento del metodismo como disidencia de la Iglesia Anglicana no difiere tanto del origen de la Asamblea de Dios por el rompimiento con la Iglesia Bautista. Junto con su hermano Charles y su colega George Whitefield, Wesley organizó pequeños grupos de oración entre fieles anglicanos. Los encuentros, exaltados, eran marcados por lágrimas, agitaciones convulsivas y gritos de dolor y alegría. Con la muerte de Wesley, el movimiento, que se llamaba Avivamiento de la Iglesia Anglicana, terminó escindiéndose de la iglesia-madre y se volvió una de las principales iglesias evangélicas de Brasil.

Vestido de saco y corbata negros con camisa roja, el pastor Edevaldo Silva Santiago predica sin misericordia para con sus cuerdas vocales. Salta y gesticula con tanto vigor que usa un paño absorbente en lugar de pañuelo para secar el sudor. Los fieles acompañan el entusiasmo con puños al aire y gritos de "Aleluya". El pastor recurre a la parábola de Dios y el alpinista. No es una parábola canónica, y el fiel perdería el tiempo intentando encontrarla en los Evangelios. Sin embargo, circula en presentación de Power Point por internet: al escalar una montaña, un alpinista se deslizó, cayó oscuridad abajo y quedó colgando de la cuerda. Oyó entonces la voz de Dios, que le ordenaba: "Corta la cuerda". Temeroso y sin fe, el alpinista no obedeció. Días más tarde, los amigos lo encontraron. Estaba muerto, suspendido apenas a dos metros del suelo.

"¿Cuántas veces la gente no está con el cordón atado a algo, y Dios diciendo: Hijo, corta la cuerda?", pregunta el pastor. De súbito, comienza a gritar: "¡CORTA LA CUERDA, CORTA LA CUERDA!", a lo que los fieles responden, en coro, "Aleluya" y "Gloria a Dios".

Al día siguiente, la iglesia ahora vacía, el pastor Edevaldo contó su historia.

Un poco ronco debido a los excesos de la víspera, explicó que había sido invitado por primera vez a un culto por un compañero de trabajo. Edevaldo comentó que tras unas vacaciones andaba con resaca, ya que había bebido mucho después de un partido de fútbol. Al darse cuenta de que había alguien para salvar, el compañero lo llevó a la iglesia Wesleyana de Itabuna. Edevaldo Santiago cuenta que allí mismo sintió el llamado. "Desde el primer día supe que quería ser pastor. Aquella noche soñé que predicaba para una iglesia a reventar", recordó.

"Desde siempre, en Brasil hay gente que frecuenta tanto la Iglesia Católica como el candomblé, la umbanda, el espiritismo. [...] Está toda la historia de este pueblo, no hay cómo sacarla de la sangre".

A quien pretenda subir en la jerarquía, la iglesia Wesleyana exige algún estudio teológico más formal. Con dos años de conversión, Edevaldo se matriculó en un curso de la Asamblea de Dios de Itabuna. Como la Metodista no ofrecía curso en la ciudad, era aceptable que sus aspirantes a pastores cursasen el de la Asamblea, con tal de que supieran distinguir las diferencias doctrinarias y se atuvieran a las de la confesión metodista. Edevaldo trabajaba como ayudante de albañil durante el día y estudiaba en la noche. Se graduó en un año y comenzó a acompañar a los pastores en algunos cultos, hasta ser llamado para establecer congregaciones en ciudades al interior de Bahía, como Buerarema, Gandu y Eunápolis. Por esa época, consiguió un trabajo de vigilante en el Ministerio Público de Itabuna, pero renunció para seguir el llamado de la iglesia. Antes de llegar a Ilhéus, su última parada había sido Palmas, en Tocantins, donde permaneció tres años.

Cuando la comunidad se estableció en Ilhéus, aún sin pastor, él fue llamado a

organizar la nueva sede. “Se cambió la cubierta del techo, se colocaron ventiladores, se compraron esas sillas buenas, se pintó”. Piensa que su tiempo en la construcción civil le dio sensibilidad para las cuestiones técnicas y estéticas de los templos, tanto así que siempre es llamado a dar sugerencias en el establecimiento de iglesias iniciantes. Edevaldo Santiago sueña en grande, le gustaría comprar el inmueble arrendado por 630 reales por mes, abrir nuevas congregaciones en otros barrios. Pero la apretada renta todavía no da margen para esas hazañas: entre los diezmos y las ofrendas de los fieles, la iglesia ha recogido 1.500 reales por mes. De este valor debe salir el arriendo, su salario y eventuales caridades de la iglesia, como la cesta básica que ofrece a una familia necesitada.

Es posible verificar el salto en número de evangélicos en Bahía, al comparar el censo de 1940 con los de 2000 y 2010. En el primero, 98,9% de los 3.918.112 bahianos se declaraban católicos, mientras que los evangélicos poco superaban los treinta mil. Sesenta años después, la población se triplicó, mientras que el número de católicos cayó al 74% de la población. En el mismo periodo, los evangélicos crecieron

casi cincuenta veces. Pasados otros diez años, el censo de 2010 registró un pequeño aumento poblacional en el estado. Por primera vez, sin embargo, el número absoluto de católicos sufrió una caída real: quinientos mil fieles menos desde el cambio de milenio. Esa disminución coincidió con un aumento de casi 70% de aquellos que se dicen evangélicos. En Ilhéus, ese movimiento es todavía más pronunciado. De las 184.236 personas registradas en el censo de 2010, los católicos formaban el 52,5% de la población, mientras que los evangélicos llegaban al 24,5%.

Iglesia Cristiana Nueva Vida. Iglesia Naciones para Cristo. Asamblea de Dios Luz es el camino. Templo de Adoración al Dios de Israel

Quien deja la Wesleyana atrás y sigue en la misma dirección, encontrará, quinientos metros adelante, una inmensa construcción. La cobertura metálica en arcos recuerda a la arquitectura de canchas polideportivas, pero la inscripción en el muro dice: “Iglesia Bautista Memorial”. “Todo el mundo dice que parece un gimnasio”, concordaba el pastor Abraão Barbosa da Silva, la mañana de un martes. En el antiguo templo ya no se acomodaba el creciente número de fieles, la iglesia vivía un momento de prosperidad. “La renta fue aumentando, y cuando





llegamos a 90 mil reales decidimos que era hora de invertir en un espacio mayor”.

El antiguo templo todavía está a dos cuadras de allí, entre la nueva instalación y la Iglesia Metodista Wesleyana. La primera idea de la congregación fue intentar comprar el inmueble de al lado y hacer una obra de ampliación, pero no pudieron cerrar el negocio. “Dios siempre guarda algo mejor de lo que pensamos”, dijo el pastor Abraão. Algunos meses después, un inmenso terreno baldío de la Shell fue puesto a la venta por 115 mil reales. “Algunas personas en la congregación pensaron que era muy grande, pero prevaleció la idea de que hay que pensar verdaderamente en grande, para atraer más gente”, dijo el pastor.

Para sacar el valor del terreno y levantar el templo, la iglesia tomó dinero prestado de algunos fieles y recibió donaciones de otras congregaciones bautistas. Después de retirar más de doscientas volquetadas de basura del terreno se inició la obra. El proyecto arquitectónico fue firmado por Udo Landenberger, hijo de una misionera gaucha radicada en Ilhéus. “Cada decisión en la iglesia Bautista se lleva a votación, y



siempre hay alguien que no está de acuerdo. Pero la mayoría aprobó el proyecto, que es un proyecto en realidad muy bonito. Es una tarjeta de presentación para Udo, él ha sido muy solicitado”, contó el pastor Abraão.

El domingo de aquella semana, Abraão da Silva no predicó en la Iglesia Memorial. Como era el día del pastor, el culto giró en torno a homenajes a él. Una misionera condujo la ceremonia a la manera de una presentadora, comenzando con un saludo a los visitantes: “Sean bienvenidos en nombre de Jesús, vuelvan siempre, traigan más gente”. Ella llamaba cantantes y fieles al altar para que ofreciesen testimonios edificantes sobre el pastor. Las letras de las canciones, en estilo gospel melódico, eran proyectadas con subtítulos en fotos de paisajes, como en un karaoke, para que los fieles pudieran seguirlas. De pie, las cerca de doscientas personas —que no ocupaban ni siquiera la mitad de la capacidad total del templo— cantaban y danzaban. La mayoría de las mujeres llevaba vestido de fiesta, y los hombres pantalón formal y camisa. Una joven traducía en lengua de señas las letras de las canciones para tres fieles sordos, que acompañaban también danzando.

El lema de los homenajes era: “Pastor: atleta espiritual”, y los fieles subían al palco para leer la descripción de cada deporte practicado por él, como “tiro al blanco:

el pastor no puede fallar el blanco, que es Jesús Cristo”. En la pared, eran proyectados fotomontajes de atletas con el rostro de Abraão da Silva. Todos reían. La congregación era una fiesta.

Iglesia Pentecostal Misión de Jesús. Asamblea de Dios Fraternal, Iglesia Bautista Lirio de los Valles. Comunidad Cristiana Unida de Brasil

Dejando la Bautista Memorial, la vía pasa a bordear el mar. A la izquierda de quien sigue en sentido aeropuerto, es posible ver el malecón, la fila de palmeras y las balsas coloridas de los pescadores, el lugar común de Bahía. Las casas ya no parecen pertenecer a familias de clase media baja, ahora son mayores, con muros y pequeños jardines. Se llega así a una iglesita de fachada de piedra adornada por una enorme cruz blanca. Es la católica Nuestra Señora de Fátima, una de las trece parroquias de Ilhéus.

Un sábado al final de la tarde, un grupo de 55 mujeres y seis hombres asistían a una misa, acompañando disciplinadamente el folleto *El Domingo*, publicado por la Editorial Paulus, de distribución nacional. Si las confesiones cristianas fueran bailes de salón, el culto pentecostal sería el *twist*, y la misa católica, el minueto. Formal, la liturgia es conducida por el padre, que orienta a todos acerca de aquello que la mayoría ya conoce: “De pie, por favor”. “Vamos, de rodillas, a celebrar el cuerpo y la sangre de Cristo”. “Se pueden sentar”. Incluso las misas de la Renovación Carismática, corriente católica surgida en los años sesenta en reacción al pentecostalismo evangélico, no se salen de la estructura del rito romano. Así lo exige el Vaticano.

A los 65 años, Gilberto Reis se considera un padre tradicional. Nacido en la caatinga bahiana, en una comunidad cercana a Jequié, sintió la vocación desde su infancia, cuando jugaba a la misa con sus hermanos. Con mucho esfuerzo suyo y de sus padres,

concluyó la escuela y comenzó el seminario siendo todavía adolescente. “Pero en aquella época pensaba que el padre no podía haber pecado, esas cosas medievales, y terminé desistiendo”, contó un domingo en la mañana en su casa mientras preparaba su café. Para no necesitar madrugar, celebra misa de siete en ayunas, y solo después desayuna. El don de predicación lo llevó al magisterio; dictó historia, portugués y educación moral y cívica —hasta ser estimulado por una hermana a invertir en su vocación.

Café con leche en mano, el padre Gil se mostró preocupado con la expansión de las “iglesitas de garaje, en que cualquiera pone un alto parlante y se dice pastor”. No escondió la pena al contar acerca de una pareja que hizo la primera comunión y la confirmación con él y, de repente, desapareció de las misas. “Cuando pregunté por ellos, me dijeron que se habían vuelto evangélicos. Casi me fui de para atrás”, dijo, entristecido. Tiempo después, encontró a la pareja en el mercado y se les acercó para darles la bendición. Incómodos, la aceptaron, pero le informaron que se habían convertido, y ahora eran creyentes. “Les pregunté: entonces ¿ustedes nunca fueron creyentes antes?”. Perplejo, el padre Gil no logra entender la necesidad que ciertos fieles sienten de saltar de iglesia en iglesia.

“Desde siempre, en Brasil hay gente que frecuenta tanto la Iglesia Católica como el candomblé,³ la umbanda, el espiritismo. La Iglesia no va a influir en la libertad de los asistentes. Está toda la historia de este pueblo, no hay cómo sacarla de la sangre”, ponderó, untando la tostada de mantequilla. Recordó al babalorixá Pai Carlinhos, muy amigo suyo. “Otro día me contó que antiguamente se ganaba hasta seis mil por mes con trabajos. Hoy en día, como los evangélicos ven el candomblé como el demonio, no llega a producir mil reales”.

En la homilía del sábado en la Capilla Nuestra Señora de Fátima, el padre Gil habló sobre la importancia del amor y de la



empatía. “Hay personas que no son católicas, no son creyentes, pero tienen el corazón lleno de amor. El templo no salva, quien salva somos nosotros, con la energía de Dios. Ya sea Dios, Tupã, Krishna. Conozco muchos que se dicen ateos, pero tienen a Dios en el corazón, trabajan con niños de la calle. Yo creo en el hombre”, predicó, mirando a un grupo de fieles más viejo y más blanco que el de las iglesias evangélicas. De las 61 personas aquella tarde, solo tres señoras eran negras.

Iglesia Bautista Celebrai. Iglesia Mesiánica Mundial de Brasil. Asamblea de Dios de la Misión Shekinah. Iglesia del Evangelio Cuadrangular. Iglesia Internacional de la Gracia de Dios. Iglesia Mundial del Poder de Dios.

De ahí a poco se llega al Centro de Ilhéus, donde la vía cambia de nombre prácticamente en cada cuadra. Osvaldo Cruz, Visconde de Mauá, Coronel Berilo y, finalmente, Tiradentes, en el punto alto del comercio popular: vendedores ambulantes, pastelerías, almacenes de zapatos y de celulares. Entre un almacén de ropa y la “Bahiacred - su almacén de préstamos” se destaca un inmueble con un inconfundible letrero: “Jesús Cristo es el Señor”, de la Iglesia Universal del Reino de Dios.

El edificio ya abrigó uno de los dos únicos cines de Ilhéus, el Vitória Palace. Pasados los días áureos de la economía del cacao, la sala comenzó a llamarse Cine Brasil. En los últimos años, no era raro encontrar ratones circulando entre las butacas.

Hoy, de cada uno de los lados de la escalera que lleva al primer piso, por donde se entra, existe el mismo anuncio “¡PARE DE SUFRIR!”, acompañada del anuncio de los cultos.

El jueves en la noche, un pastor joven, atlético y de saco ajustado subió al altar con veinte minutos de atraso. Comenzaba con una canción que nadie parecía conocer y, para estimular la platea, declamaba cada verso antes de cantarlo. Solo 43 personas habían aparecido. Como el templo puede con más de quinientos, el pastor pidió que todos se reuniesen adelante. “Que las fuerzas del mal sean vencidas, pídele a Dios que venza las fuerzas del diablo, dile: no acepto el mal en mi vida, no acepto el mal en mis caminos, no acepto el mal en mi casa, en mi familia, no acepto el mal en mi mente, actuando en mis pensamientos, que ese espíritu sea atado, extirpado. Nosotros vamos a atar al diablo ahora, el espíritu maligno que ha actuado sobre tu vida. Di: ¡que el diablo sea atado ahora!”.

Iba y venía por el palco, iba y venía, iba y venía, las palabras saliendo por su boca con esfuerzo. Las personas parecían sumergidas en un trance colectivo, repitiendo lo que oían, obedeciendo. “Quisiera que ahora cerrasen los ojos y pensarán en todo aquello que está atando sus vidas”, propuso el pastor.

¿Quién había traído el diezmo aquel día?, preguntó luego, señalando la urna de la recolecta. Mientras algunos se manifestaban, les pidió a sus misioneras que distribuyesen “el protector”. Era un gorro quirúrgico, y todos lo recibieron. “Saquen el protector de la bolsita”, explicó. “El próximo viernes quiero que traigan una ofrenda adentro. Digan: Gracias a Dios”. En cuanto al protector, les pidió a todos que se lo pusieran allí mismo. El diablo entra por la cabeza, enseñó.

No tardó mucho para que el diablo volviera a ser mencionado. El demonio desea pisotear a los fieles, y es necesario reaccionar, recordó el pastor. Ordenó que pisaran bien fuerte al diablo, y fue obedecido. A una orden suya, las misioneras pasaron por la platea distribuyendo el dibujo de un pie. En él, el fiel debía escribir el nombre de la

persona o de la cosa que estaba intentando pisotearlo. “La próxima semana, quiero que coloquen ese papel dentro del zapato y vengan pisándolo hasta aquí. Envuelto en ese papel, harán una ofrenda de cincuenta o cien reales”, exigió. En seguida, imitó la voz aguda de quien reclama: “Pastor, no tengo condiciones”, y amenazó: “¡El diablo te pisará! ¿Quién tiene un billete de cien? ¿De cincuenta? ¿Y quiere donarlo ahora?”. Tres personas se levantaron y depositaron los billetes en la urna.

(El pastor de la Iglesia Universal del Reino de Dios no quiso recibir a la reportera ni tampoco reveló el nombre, alegando no tener autorización para hablar con la prensa).

Siguiendo adelante, se llega a un puente, y después de él, por fin, se divisa el anuncio para el aeropuerto.

El aeropuerto de Ilhéus lleva el nombre del hombre que dio espesura literaria a la ciudad y le enseñó a parte del mundo a conocer Brasil desde Bahía. Jorge Amado vivió allí desde su primer año hasta los dieciocho, y retrató la sociedad cacaotera que lo rodeó. El fragmento citado al comienzo de este reportaje es una compilación de fragmentos de la más famosa de sus novelas del ciclo del cacao, *Gabriela, clavo y canela*, lanzada en 1958. Antes, Jorge Amado ya había ambientado tres novelas en la ciudad: *Cacao, tierras del sin fin* y *San Jorge de los Ilhéus*. Después de *Gabriela*, Ilhéus serviría de escenario para *Tocaia Grande* y *De cómo los turcos descubrieron América*. El primer libro es de 1933; el último, de 1944. Profesor titular de literatura brasilera de la Universidad de São Paulo, Antonio Dimas no recuerda ningún personaje evangélico en la obra de Jorge Amado. “Ciertamente, no existe ninguno con importancia narrativa”. ■

Notas

¹ Aguardiente brasilero hecho de caña.

² La Iglesia Nuestro Señor de Bonfim es el templo católico más famoso de Salvador de Bahía.

³ Religión derivada del animismo africano.